

Sto. Domingo, Obre 26. de
1896.

Mi querido Maciñta: Por

fin me arisco a escri-
birle. El bedoyismo aún
lo tengo; pero ya voy vol-
viendo a la vida. La cerna-
da de la guerdanda fue
tan dura que, apesar de
no creerlo todavía, todo lo
ves al través del somambu-
lismo que queda después
de aguda enfermedad.

No extrañe, pues, Ma-
ciñta, si he perdido casi la
noción del deber, del gus-
to, y de todas las cosas del
mundo real. Pasada ape-
nas la pesadilla, estoy abo-
ra en época de esordinación,

anudando el hilo roto de los sucesos. He asegurado que me está dando lidia la continuación. Me desorientó cada rato, y en ciertos puntos no sé dónde iba, y, si sé, no acertó con el empuje.

¡Valiente cosa tan trabajosa es fijar la salida y las cosas, después de un sueño tan largo y en que se han agotado los nervios! Fontañando voy de aquí para allí, y se me caen las paredes, y tomo la ventana por la puerta, y ahora tropiezo con un mueble y luego me engravalo con la ropa.

A tí y a mi sía Adela, a quienes no he olvidado, a pesar de todo, les toca ahora el turno. La liquidación de cuentas me parece que está algo trabajosa. Al modo de lo

emendas comerciales de las
Reyndones, veo uno muy gran-
entre tú y mi. Que no te es-
cribí en la muerte de tus
padres, le dices á Pachó en
una carta. Te escribí, y muy
largo, desde Bogotá, á princi-
pios de Marzo, casi en los días
de venirme. Si no recibiste la
carta; tengo yo la culpa? Que
no te comunicé ni la gra-
vedad, ni la muerte de mi
padre. Pues, hijo: no sé si
te asista razón para quejarte.
Bien sé que todo lo mío te
interesa, sea adverso ó favorable;
que amistad reclama consue-
nientos y noticias en todo pe-
ro; á qué fin ir á mortificar-
te antes de tiempo? Siempre tenías
que saberlo algún día, y ese día
tendrías que sufrir conmigo y

con los míos, como eres que
suprístes, á su debido tiempo.
No creas que no se ^{me} ocurrió
hacértelo saber todo; muchos
que se me ocurrió, No lo pu-
se por obra por la razón ex-
presada.

Fu carta de bienve-
nida y de felicitación, la
recibí, lo mismo que una de
la Chata, que recibí cuando
ya el viejito estaba malo.

"Oso sí - dirás tú - pero
para escribirle al Pepe, si tu-
viste tiempo y gusto, sí pe-
resos!

Mi querido: esta carta, la
única que escribí en tres me-
ses, fué como un castigo:
1º Haberla publicado tan im-
prudentemente y sin mi con-
sentimiento; poniéndome con

esta publicacion en berlina,
por no decir en ridiculo; 2º.
El haberme la enprostrado, en tres
cartas, con el disimulo y la
hipocresia, con que lo haces
tú, negro toleras.

Y si supieras qué motivo me
obligó á escribir aquello, en
tales circunstancias! Mira có-
mo de las cosas buenas que
uno hace no saca sino mo-
lestias: Figúrate que se me
aparece el señor de los Rios,
que acababa de llegar de la vi-
lla, á contarme como en aque-
lla tierra de las tirrias y anti-
patias porque sí, se estaban
comiendo del modo más
triste ^{al pobre Jéper} ~~que~~ ^{que} ~~la~~ en la
cosa que me escribió, y fue-
ra de la cosa, hacia muchas

alarde y muchos 'hincapié de las relaciones é intimidades con un personaje tan sublime y grandioso como Tomásito. Oirlo yo y darme la ira todo fué uno. ¿Qué hice? Pues me di á entender que escribiéndole á Vargas, veían los temerarios medellinenses, que si era muy cierto que un cristiano tan feato, sano y tan ~~tan~~ macuenco quejía mucho á Tépex; pues siempre me supuse que él mostraría la carta á sus amigos. Y ya ves lo que fué: los levantatostestimonios vieron confirmado el suyo; mis amigos, á quienes debía carta, sacaron queja de aquí; yo me quedé entripado, tanto más, cuanto comprendo que Tépex me firó, bien tirado, creyendo el pobre hacerme un bien.

Y esta es la historia de la ma-

ladada carta, que es complementa
la defensa de mi conducta,
ante Maciá y mi sra Adela.

Si no quedas contento de mi
explicación, si crees que siempre
~~he~~ tenido mal manejo, perdóname,
o cargáte más de mesas.

¿Qué más quieres saber de mí? Pues no: a más
de la pena negra, me han pasado
otras muchas rosas, que
lo mismo tienen de gratas que
de malucas, y que todas se
han fundido en la negura
aquella.

Mucho te contara del
viaje a Bogotá, de mi estancia
allá, de las impresiones; pe-
ro para ello, que es muy lar-
go, tendría que gastar una ac-
tividad y una diligencia que
no caben en mí. En Diciem-
bre, que precisamente has de

venir, te presento el certamen.
Allá verás cómo saco 5. en
todo. Entonces "todo lo que
los dos hemos saltado lo te-
nemos que hablar." Repasa
tú todas las materias por-
que no pienso andarme con-
fijo por las pajas.

Con todo, como se me
figura que has de tener al-
go de curiosidad, te diré
alguno por encima.

Pues sí, pues. Me fué al-
go triste, persuadido de que
iba a meterme en una hon-
dura; me pareció muy miedo-
so el ferrocarril de nosotros,
no muy hermoso el río y muy
pesada y monótona la subi-
da a Teguas. El ferrocarril
de La Borada, me impresionó me-
nos que el nuestro; pero si me

pareció menos peligroso, á pe-
 sar de serlo mucho, y mucho
 más cómodo, de mejor anda-
 dura y más correloio. Los
Cerros de Honda, sin una he-
 bra de vegetación y que se-
 mejan amontonamiento de
 adobes, y no cosa de tier-
 ra, me encantaron. A Hon-
 da, con sus ruinas, sus ca-
 llejones estrechos y tortuosos, con
 sus piedras viejas y su Gua-
 li, la encontré muy decido-
 ra y proética; pero sumamen-
 te aburridora. (A mi regreso
 tuve que quedarme tres días mor-
 tales en esa fraile turvienda. Si-
 gúrate, si eres capaz, cómo sería
 aquel liquidarme.) El remo-
lino, tan decantado, no es tal:
 X una cosa ai, algo crespa

y rebujada, que se jetea de lado
y lado; me parece que es lo
que llaman un chispero los mi-
neros. La balsa, tan temida, es
una casita con techo de ~~las~~
paja, que la pasan de un bolic.
La falda de El Consuelo, es el
pavero por lo empinada y lo pe-
dreosa y por que no saben las re-
mas. La tal posada, clásica en
Colombia por más de un motivo,
es de lo más insignificante é
infeliz; su album famoso, el
pucido más grande de bobadas
y cursilerías. Cuando yo no quise
ni aun poner "Fomasito"; que
tal será! Guadas está muy bien
partizada; pues, realmente, las
hay por todas partes, juntas, en
montoneras y saltonas. Es un
vallecito bastante hermosa, y
la ciudad presentá a lo lejos

un aspecto decilioso y rico, muy semejante al de Sopetrán. La quinta del Dr. Murillo Toro, situada a la derecha del camino, casi al comienzo del ancho camino que conduce a la ciudad, no tiene de notable más que el recuerdo de su ilustre habitador. Guaduas puede servir de comparación a los grandes ideales tunos: aquellos son imponentes y son encantador en lontananza, es de cerca y andado la fealdad y la pobreza; cuadras empéreas de ranchos de paja, sin poesía, sin estética; casas de mal gusto y peor construcción, empregadas de colorines; la plaza, de aldea; la iglesia, una infelicidad; muchos esto, muchos errisilismo y mucha antipatía en la gente. Fuera del monumento levantado a la Pola, que

es de piedra, muy artísticas y sencillas; fuera de la telegrafista, que es una muchacha muy célebre é insinuante, me pareció todo Guaduas el horror de los horrores.

Sigue de ahí parriba un faldón, mi amigo de mi vida, que echa uno todo el pipi Toris y se va desangarillando en aquella mulita. Por allá, á las mil, trepa uno al alto y se tópa casi de manos á boca con El berjel. Está muy pintadito, y con mucha lámina, tiene bonitas flores en puestos y en jardinera; al patio le cae chorro de agua, el ases y el orden rumban como en cas de "la pobreita mi mamá"; es dueña y patrona de aquellos tan sabroso una tal

dona Felicia Marquieita, viuda
 de un Cardenas, la señora
 más activa, más respuigona
 y más extravagante de la crea-
 ción. No está ni muy vieja;
 aunque muy clorita y delga-
 ducha, no es fea; se peina
 de castumbres y balasa y se
 pone flor; anda muy ajus-
 tadita y prendida; se alza
 mucho para mostrar la na-
 garramenta pisada y las botas.
 En un momento que estuvimos
 allí, le pegó al perro, gritó
 y ramarisó a los hijos, hizo
 llorar a la planchadora, pe-
 lió con un hombre que le
 estaba barriendo el horno, me-
 tró el pan, los sacó, y nos
 hizo todo el relato autópsio-
 gráfico, acompañado de repos-

padas y de retabillas muy estilas,
chentas y terminachudas. Allí
fue donde se demoró "el pobre,
cito Adad", cuando venia gente
y viniente.

La tierra undinamarquesa es
de ahí en adelante, hasta las
pabanas, tan escrozada y tan
fiera, si no más, que la en-
fisguena: riscos por aquí, sa-
riadas y vericuetos por allá, en-
redos y paisaje lindo por todas
partes. Las Tibayas (no sé cómo se
escribe) son un primor por la
forma y la vestimenta del ter-
reno: colinas suaves, unas fla-
cas, otras frapujadas; crestería
de montañas muy perfiladas,
ahora picudas, ahora en hon-
das; sistema regular de plie-
ges, formando la hoja del río,
o quebrada a uno y otro lado;
capetales, plataneras y maran-

jos, y todo lo que quieras entre
todo eso como la cobija de un
rey. La casa del Sr. Plata es que-
ris, al propio borde del camino,
medio recostada en una pendiente
y á pocas varas del riachuelo,
es la residencia soñada por el
sabio, por el poeta ó por el mis-
tífico ó por el aburrido; fue en-
vidia me dió de aquel doctor!
Es un arcaico viejo de dos pisos,
con las paredes grescadas, el
tejado muy lamoso, la verja
del jardín medio podrida; éste
muy alzado de rastrajos y bejucos;
la charamusquina de zarzales
y yedras asomándose por donde
quiera; muchas pedronas en
redondo; un corredor muy an-
cho, con unos ladrillos muy
grandotes y apartados; un bal-
conazo en escuadra, con grava-

dos y cuadros viejos en el amu-
ro; unas ringleras de sillas muy
antiguas; rotos los cristales de
las puertas; lagartos de aquí
para allá, colándose por las ven-
dijas, trepando por los pila-
res; arañas con telares en
casa y matorrales; casas de
avispas en los aleros; golon-
drinas y palomitas revolando;
ni la cara de un cristiano
para nuestra; un aire de
soledad, de misterio, de aban-
do que sobrecoge, que convi-
da a tristezas solemnes, a
profundas meditaciones. Ay!
Maciñto quien fuera el doctor
Plata Azuero! Y ajústelo á que
ese viejo se aburre en aquel
encanto.

¿Aun lleva uno en el alma
estas sugestionnes, cuando sube

ra y arte. Esos sí son monu-
mentos, no las fincas con-
vencionales y monótonas de
la geometría. Quí vermosse-
ra! Por allí, en ^{va} alcazar de
aquella fábrica sublime, ha-
bitaba, no sé si de rayo, y ^{va} por
tradición dinástica, su alteza
la Zipa, con su sacarríel el
Zipró, como tí muy bien
lo sabes.

A poco de ir bajando se topa
uno con ^{va} agua-larga, un case-
río que le sigue la idea al
camino, costelándolo di lado
y lado de caritas muy rucas é
inormiosas, que forman una ca-
lle muy caracolada. Hay ahí
fábrica de jabón, dos ó tres ho-
telitos muy esquetones, mu-
chas viviendas de estilo fantás-

tiros, muchas flores y enredaderas
pas en los balcones, y gran movi-
miento de carros. En fin, que
aquello ya gíele á cosa gran-
de.

A poco más andar se veía uno
en las sabanas. Aquí fue el es-
tirar la gaita *Tomarito*, el echar
ojo para abarcar la tan decan-
tada inmensidad. Y por ~~lo~~ más
que se empezaba nada sacaba
en limpio. Por el camino que ha-
jia, á paso de mula juagada, de
cuerpo molido y de prosa en car-
ne viva, no divisaba en redondo
y mayor hermosura: tal unal
hinchaquecítá verde del terreno,
medio arrimada á las faldas;
una casa muy papitá; chozas
infelices, con la paja como un
esmero; algún parecito de tri-
go, á pedacitos maduro, á pedaci-
tos verdoso; todo aquello un po-

es pelón y deslucido. En Los
Manzanos la cosa se ancha y
se alegra un poco, y hasta se
da sus aires a El Hatillo de
Girardotá, aunque sin bosque
de mangos, ni cosa que se le
parezca. Venía ante mí un ho-
rizonte borroso por el polo. De
entre aquello brumoso alzose
de pronto la torre de un tem-
plo, y luego distinguí una po-
blación a sus pies; pero ni
una línea más alta. Algo se
me alegró el viaje, y hasta me
pareció que descansaba una una.
Pero no: todavía había que ja-
lar muchas cuadras para llegar
al puerto apetecido, que bruda-
ba a este pobre cuerpo con los
comodos aientos de su tren de
la tarde. Por fin me vi en Jaca-
tativa la apetecida. Metéome
como el solo es el aire de la

unidad: edificios muy sencillos,
de dos y tres pisos; una ex-
plona anchurísima, aunque sin
embaldosar todavía y con el ba-
rrro negro al buche de la mu-
la; un iglesia de piedra es-
mos una basílica; la plaza
grande, con buenos edificios.
Total: que me deslumbró. Co-
mo será lo otro! pensaba yo...
De paso, te diré que el tem-
plo, siendo de piedra realmen-
te, está pintado por fuera, des-
de la base hasta las flechas,
de unos azules imitando
piedra. Has visto? Y luego la
pagan los marinillos. El exte-
rior no es feo en su conjun-
to; pero de un gusto perverso
y de una cursilería indescrip-
tible en los detalles. Con decir-
te que tiene en el friso del

primer cuerpo una ringlera de
 aguilones aliabiertos, tan ino-
 centes, tan mal farfullados y
 tan chavos, que parece cosa
 de Sinhaina acaso harian es-
 to para producir el efecto
 del interior: es verdaderamen-
 te cosa de imponer. Su ar-
 quitectura y distribución la
 tomaron de la catedral de Bo-
 gotá; pero en todo es más li-
 gera, más esbelta, y sin el
 recargo de adornos, sin la pe-
 sader y retronetismo que
 tanto apean al modelo.

Contentate con la de Tacata-
 tivá, porque no pienso hablar-
 te de las iglesias de la
 capital. Todas los conosco, y,
 aunque tienen sus cosas bellas
 y curiosas, son todas muy

feas y fregastrudas.

Si no fuera porque temo hacer-
te vomitar lo que tengas en el
estómago, con todo y tripas, te
describiría aquí, conforme de ofen-
sio' a mi alma, el exuesa-
do del hotel... no recuerdo el
nombre, de la ciudad meste-
gómez. No supuse jamás que
la potencia escrementiva alcan-
zase sí tanto, en cantidad y en
fragancia. A pesar de las bascas
que me sobrevinieron, no pude
menos de recrearme en aquella
maravilla. No comprendo cómo
puede vivir aquella gente.

A la una y media nos mon-
tamos en tren. Silvo' con mu-
cha decencia y urbanidad, no con
los berridos y bracamontismos
del de nosotros. Hasta en esto
se nos ve el patanismo. Es el
tat "ferrocarril de la sabana"

una cosa suave y sensuosa; corre con un compás y una parejera y una limpieza de tiempo dormido. Nada de sabuguisnes ni de maqueos; aquello es la misma educación y los modales más finos. Figúrate que todo el trabajo consistió en poner los polines y los rieles, en línea recta, sobre una mesa.

Han solamente hicieron un cavito y una media comba en toda la línea. Si se descarrila, es una diversión para maquinistas y pasajeros, porque se sale a las mangas, y en un periquete lo vuelven a encauzar. ¿Qué diferencia de las estrechuras y de los despénaperos del nuestro, que tiene que resar uno del puerto a Monos!

¿Todos los ~~carros~~ carros tenían blaban: Fanta dama tan gala.

na, con aquellos abrigones tan
elegantes; tanto señor; aque-
llos muchachitos tan lin-
dos y majos. A cada esta-
ción, de las tres que hay en
el trayecto, iba subiendo más
gente. En estas y las otras,
yo miraba y miraba la sa-
bana; y nada linda que me
parecía! Mucha mostaza
y muchos rabanos florecidos;
el yuyo quemado amarille-
ando en grandes manchones;
unos trigales verdosos o' achí-
chamados, que se alzaban del
suelo arriba de tres cuartas; cua-
dras y más cuadras de papas,
con su fealdad de siempre;
algún cerezo aislado; tal
cual sauce flacuchento; tal
cual hilerón de eucaliptos, con

el follaje cubierto de polvos. Pe-
 ro no veía nada grande que
 se destacase; faltaba la no-
 ta blanca de nuestras casas
 y aldeas; los setos enrastró-
 jados de nuestros lindes; las
 altas fleudas de los frutales;
 los puntos blancos del gana-
 do, que costelaban aquellos, co-
 mo acontecía en nuestros pra-
 dos. Ni una mata de plátano,
 ni un naranjo, ni siquiera un
 zarro, esa palmera de nuestras tie-
 ras frías. Pero ¿si será esto la
 sabana, tan decantada por su
 belleza, por su opulencia; la
 tierra donde cada vara vale
 centenares de pesos? - me pre-
 guntaba yo. Pero ¿y los potreros,
 y las casas, y el Tunza?
 Esto me tenía ofuscado. De

Todo esto había mucho, yo lo sa-
pia. ¿Dónde está, pues? Estas con-
fundiciones mías era atisbando
a lo lejos, dir que para disfrutar
de los encantos de la perspectiva
va. No hallándolos mayores con-
fusión de sistema, y me fijé en lo
que hubiera cerca de la vía. Ha-
bí de todo algo, y me expli-
qué el fenómeno. ¿Puede verse
verdad de lejos en aquella exten-
sión, cuando animales, casas y
gentes todo es del color de la
tierra en que están? Sí, Ma-
ciza: tóxico es de una color tan
pareja, que no se distingue ni
no una cosa casi escueta, por
no decir desolado. Y qué color
y que monotonia la de aquel
paisaje! Ni una aruguita que
se note interrumpe la templan-
za de aquel mantel tan mu-
groso y tan inmenso. Figúrese

todos los tonos del boñigo, del
café asiento de cacao, del ama-
rillo de monte, del gris apura
prado, del negro de gallina em-
polvada, todos los tonos de la
muñe y de la basura y de
lo seco y de lo viejo, q. se em-
pastaban, si se desvanecen uno en
otro en esa desmesurada au-
tiplemanie. Tampoco el cielo que
la cubre y que se confunde con
ella en la línea del horizonte,
con mucha frecuencia y en no
pocos puntos, es el inventor del
brillo, del azul de Prusia, ni del
cristal. Gargajiento, viscoso, empol-
vado, parece que envolciera to-
do aquel plato en una flema
transchada. Con decirte que
es un paisaje que inspira as-
co. Hai tú sabes que a mí me
gusta lo feo; pero hago mis dis-
tingos: lo feo que es viciado a

la melancolía, que trae á la
alma como una ráfaga de la
tristeza y de las miserias de la
vida; lo feo pintoresco, rico
en detalles y en combinaciones,
me agrada, indudablemen-
te, tal vez por una perversion
del gusto, ingénita en mí. Pe-
ro este feo difuso, de pieza
entera, sin un accidente que
lo haga variar; este feo de
la sabanas me inspira has-
tío, me aburre.

¡ Ah malditas sabanas, fuiste
por mi primer desengaño! Tu
riqueza será mucha; pero es-
tá envuelta en una insipia de
colorido y de dibujo que te a-
nula ante la estética, esa rei-
na del arte. Harás muchos ri-
cos; pero nunca inspirarás al
poeta. Los pintores de tu ca-

pitat, si quieren reproducirte,
 necesitan alejarse de tu cen-
 tro, y buscarte algo bello que
 te presta la montaña, allá,
 cuando acaba tu ansio-
 nia y principia el relieve,
 con sus efectos de luces y de
 sombras. Tú, sabana opulen-
 ta en comida, serás siempre
 la despena, o si quieres la
 providencia para el estoma-
 go del ^{montón}; pero te faltará la gran
 nota, el privilegio supremo
 de la naturaleza, que ~~hace~~ se-
 mejante a Dios: el de nutrir,
 al par que el cuerpo, el alma
 humana con ideas de belle-
 za, con sentimientos de poe-
 sia, que la elevan y digni-
 fican. Cuánto más que tú va-
 len nuestras montañas antio-

queñas : menos sustento material
que tú ; pero producen de sobra
lo que te falta a tí : el ali-
mento del espíritu . Cantó algu-
no tu rica agricultura ? Pues ya
ves que nuestras pobres rocerías vi-
ven en la región eterna y gloriosa
del arte . Fuvieron tu innumerables
vacadas alguien que cantase La
muerde del novillo . ? Ni una no-
ta que te refleje han tenido tus
cantores . Tus poetas se inspiran
en el chorro de agua que sal-
pa en la montaña , entre ásperas
~~ras~~ gargantas , idealizado por la cai-
da , no en la linfa espesa de
fodo que se arrastra por tu re-
gaso , como lombrís estomacal
acabada de salir de su agujero .
Tus escritores no buscan ideales
en tí , como no sea para apartar
más de lo que eres . Como fuer-
te de belleza nadie te tuvo .

Porqué? Porque, si llenas mu-
chas panizas, haces agunas al
traspasar a los espiritus.

Virgen de la Triniida, mi
querida madre! ¡mi tripa ro-
ta tan inocente y tan gongori-
sa! Me parece que eché has-
ta el último aprechito.

La pura verda, Maciuta. Esas
tales sabanas son muy feas....

Ni sé qui te iba contando; por
insultarlas se me fue la palo-
nia. Ah! Ta me acuerdo: iba-
mos en tran. Pues bueno: afe-
sar de la flema aquella, ha-
cia rato que veia a traves de
ella dos cosas, por alla muy
arriba, a manera de encera-
dos colgados. Misimamente asi,
de tiesas, de oscuras, y hasta les
veia los papeles pegados. Viendo-
las, viéndolas, divisé encima de
cada una un planguito. Har de

cuénta dos palomitas á pun-
to de volar. Me entro' una ale-
gría chiquitá, pero más bien
sabrosa, al ver aquello. Pre-
gunté' qué era, y me dijeron.
Lo mismo que me había su-
puesto, y que te suponés tí:
Montserrat y Guadalupe, los
encerrados; las palomas, las
dos ermitas. Abajo se extien-
de la ciudad de Jimenez de
Encasada; pero yo no veía si-
no una mancha confusa, al-
go pequeña y unos cuantos
puntitos claros, dispersos por el
fondo sombrío de los cerros.

Pasó el tré's la estación de
Fontibon; recibí' la última
tanda de pasajeros, y, á todo
galope, como bestia que se
acercaba á su pesebrera, se fué
sofoeando, dió' unos resuellos

muy gordos, y chiflo' durito, levanto' un jünero muy grande y emplumas, y, dando una comba, se coló' ai un coralsin y se quedo' parado y suspreso, de lo más querido y sereno.

Vieras entönces desgajarse a quella turega de gente. Cada vvagon iba abalanzando cristianos que aquello era. El anden, temblaba, lo mismo que los corredores de la estacion. Qué embolismo, qué barahunda, Maciita! Saludos y abrazos por todas partes; mujeres, que ofrecian comestibles, trásegando de aqui para allí; muchachas que vocaban, con el chillido característico, los periódicos del día,

y los cigarrillos, aquellos con
todo su contenido, circuns-
tanciando el artículo tab, el
sueldo cual, esto con la re-
tábilta de marcas y precios;
frontidas de emboladores que
querían tustrar a' todo el mun-
do; mozos de cordel que pue-
tendían cargar con todos los
equipajes y sombrereras; agen-
tes de hoteles y Cocheras ha-
ciendo conquistas; la nube
de pordioseros pide que pide;
viejas de zapatos y traje nuevo
impulorando en secreto el real
para el chocolate; el choque
de cristales y el ruido de tá-
pones en las sabinas; la chi-
quillería rica enredando en los
puestos de frutas; gentes que lle-
gabán, gentes que se iban; la
parranda de curiosos y topadores
y topados; los empleados de

la empresa que andaban en
cámaras, aquí mando, aquí
impido; la guardia civil ha-
ciendo desprejar; todos hablan-
do o moviéndose a un tiem-
po; en fin, el mercado, la
herrería, el chinguisimo del
mundo.

Mientras Manuel José, mi
compañero y consignatario de
viaje, se entendía por el telé-
fono con su recomendado pa-
ra buscar alojamiento; mien-
tras el eriado se espulgue - por-
que llevábamos eriado - sacaba
los equipajes, yo me salí al
corredor de afuera, di que á
recrear me en el aspecto que
ofreciera la ciudad. ¡Virgen
Santa, que horrenda me pa-
reció! Si sería eso Bogotá? A
poco un coche de punto jaló

ba con nosotros San Vito,
rino arriba, Andando, an-
do yo veíaba por arriba y
por abajo y por los lados;
procuraba abarcar el conjun-
to y el pormenor, y más
me desconcertaba la feu-
ra aquella. Plegamos, como
quien hace una esquadra,
al Hotel Europa, calle de
Florian, o sea carrera 8.ª. Lo
primerito que hice fue
asomarse al balcón; ¿y qué
vi? Pues vi edificios muy
hermosos, indudablemente,
un gentío y un tacones atur-
didores, el movimiento y la
chillería de gran ciudad; ne-
ro, apesar de todo, la feura
se me acentuaba más y más.
¿Quién me dijera que al cabo de
unos meses y medio, después

de conocerla en todas sus rin-
cones y vericuetos, cuando ya
iba á dejarla, tal vez para
siempre, habria de parecerse
la ciudad aquella más fea
y más antipática á la vis-
ta, que me pareció la vez
primera ?

A si fué, en efecto, Marci-
ta: tiene la capital una
feura y una cara sordida y
desagracible, regada por todo
el cuerpo. A semejanza de
una vieja enferma y huerca-
da que se adorna y empuer-
sa, se hace más fea la ca-
pitalona, con los hermosos y
variadísimos edificios, que cam-
pan por todas las partes de
aquel vejestorio. Figúrese un
baturrillo abigarrado de cosi-

tas lindas y flamantes, en medio
de los arnaques y desperdicios
de una gran casa; figúrese
una mezcla de adornos
artísticos de salón, con los tra-
tos del cuarto del rebujo y
con los muebles y trébejos de
la cocina, y tendrá idea de
lo que es aquel amontona-
miento de construcciones tan
heteropénias y contrastadas. Dig-
na en un todo es la ciudad
de sus alrededores y de sus sa-
banas; el color de mugre, mu-
cho más pronunciado; la nota
negra de los trajes de hombres
y más de mujeres, que le dan
el aire permanentemente de un en-
treno enorme; un aire enrarecido,
que huele a viejo; el cielo
más cenizo y gorgajiento que el
de la sabana; un apañosa-
miento de edificios, de puertas
y ventanas, de esquinas y calles

de iglesias y de oficinas, que producen la impresión de la estructura y del atornamiento; el gentío inmundo y desarapado de la plebe más pedisunda del \odot universo, ^{conunto} con la espuma y la flor de los elegantés y de las damas del lujo; la mantilla en la cabeza y la saya y el guanté negro, de la generalidad de las hembras, que hostiga y entristece. Total: la tristeza, el aburrimiento, la bancarra y la riqueza.

Verdad que los parques, son en sí bastante hermosos y románticos, con sus cipreses y pinos, con las flores, que son allí bellas y abundantes; pero no tienen estos parques prácticos fondo en que destacarse; y resulta que esta verdura intensa y tíofo, que pudiera ser muy de-

liciosa en una ciudad, como Medellín, por ejemplo, de colorido alegre y aspecto meridional, por lo variado y caprichoso del contraste, vienen a ser en Bogotá otros tantos promuevadores de tristeza que acaban de empeorar la cosa, por si algo le faltaban. Siendo muy hermosos estos parques no se adaptan a la color y al carácter material de la ciudad oscura. Son adornos de ciprés sobre túnica color de polvo.

Se siente en Bogotá nostalgia de cal, de bolo santarrosano, de espacios entre puertas y ventanas, de árboles que no sean puntiagudos ni oscuros, de claridad, de espacio.

Y salí de aquello, para en-

brar en esos campos! Qué tal
 serán, Maciñas, cuando yo, sa-
 lido de estos peladeros de la
 parroquia, me producian (per-
 done la sintaxis) la tristeza
 aburridora y antiestética de
 la desolación. Salvo el paseo
 de Agua Nueva, que es un
 pintoresco pintoresco; salvo un
 punto, por allá al pie de la
 quiebra de los cerros, por don-
 de pasa el rio San Francisco,
 donde hay un molino, que de-
 be de parecerse al de Daudet,
 y donde saltá el famoso es-
 crito de Padilla; salvo esto,
 las demás cercanías son
 tristísimas y desagradas, es-
 pecialmente el tan decantado
Chapinero.

Hál me pareció el aspec-

to material, topográfico y paisajístico de aquella tierra.

El Bogotá sabido no lo su-
de apreciar, ni soy para tanto;
el literato, lo conocí de pe-
a pa, en lo viejo y en lo mo-
derno, ~~en~~ lo mujerial y en lo
hombres; lo estudié en sin-
tesis y en análisis, colectiva y
casi individualmente. Quiero
que le diga mi opinión a este
respecto, y en muchísimos se-
cretos. Pues, con raras excep-
ciones, está aquella "Atenas de Sur
América", trastochada, atrozo-
pe trastochada, en punto a li-
teratura, especialmente en
lo que atañe a novela. Me crees?
No tampoco lo creía, al princi-
pio, y luego me convencí. Cua-
renta; que digo cuarenta! mil ve-
ces más al tanto de la cosa
estamos en nuestras montañas.

Pero ¿ y los talentos y los estudiosos de esa tierra, donde están? me dirás. Ahí están; pero todos se han inclinado por el lado político-filosófico o político-chismoso, y han dejado las bellas letras en manos de los viejos, que, aunque muy sabidos algunos de ellos, son muy pocos, y muy pagados de su pasado y académicas en carne viva. Los prestas, fuera de Flores, que tú has leído mucho, no son tampoco ningunos. Nunca de chree, y están casi todos enfrascados en el parnasianismo francés, escuela que será muy del caso en las naciones europeas, hastiadas de estética y de refinamientos; pero que en Colombia, tan nueva y tan rudimentaria todavía en achaques poéticos-artis-

cos, no pasa, como no sea por
vicio de imitación tonta y em-
si de los estragamientos de las
culturas viejas. Mirá que apre-
ciación tan sabia te estoy
haciendo. He parece que no
aprendí de a muchos?

Del Bogotá social, no aca-
baría de hablarte en 20. plie-
gos. Te lo dejo, para que lo
conversemos en diciembre. Bas-
te decirte que la fama no
corresponde, ni con muchos,
a la realidad. Aquello es
un encanto, que nosotros los
aspireros maiceros, no podemos
ni aun concebir. Qué fran-
queza, que naturalidad, que
elegancia! Nada de olimpique-
ses, ni de ceremonia. La gran-
deza y el orgullo, lo cifran
en no hacerlos sentir a na-

die, ni en nada. A mane-
 ra de una gran señora, que
 tiene para cada uno una
 palabra o un alhago especial,
 y á cada uno le hace lucir
 su gracia y ~~de~~ su talento, si
 los tiene, o sabe disimular-
 selos, si no los tiene, con in-
 geniosa benevolencia; á manera
 de una dama así, aquella
 sociedad, recibe en su se-
 ño á quien lo solicite, real-
 zándolo o protegiéndolo, según
 el caso, sin que ^{de} ello haga
 méritos ni alardes. Allí no
 se va á averiguar quién es
 Bulano, ni si es rico o po-
 bre, provinciano o de capital,
 nacional o extranjero; no; con
 el mero hecho de ser presen-
 tado está firmado el salvocon-

to, y establecidas las relaciones, con todos los fueros y franquicias del caso. Puede uno ir á la casa que le dé la gana, con la seguridad de ser muy bien recibido y de hacer muy regular papel. Tienen el arte de buscarle á la gente el lado que le gusta y el de hacerlo hablar; de tal suerte que el más tímido y bracamonte, se siente seguro y hasta eulta en aquel ambiente. Como comprende, por lo dicho, la nota característica de aquella gente es la indulgencia. Probablemente será aparente y engañosa; pero ¿y á uno qué le importa? Se gana uno lo hábito con que, á cuenta de sinceridad, le muestren á uno las gacelas y el vinagre, que usan en Medellín, sin mentar persona. Representenle á uno la comedia bien representada,

que uno muy bien sabe que
eso es fingido. Te aseguro
que los tales comediantes
bogotanos lo entienden. Y no
es por que se encumbren ni se
monten á temas grandiosos, ni
porque se metan en palabras bo-
nitas y trabajosas, nada de eso;
muchos más sabidos somos por
aqui.

Y has de saber, M. aciuto, que a-
llá nos tienen á los maiceros
por una gran cosa: nos levantan
testimonios que aquello es. Que
somos los más bonitos, los más
fregados y calientes (palabritas
que usa la dama más cul-
ta y redicha) (!), que el talento, la
originalidad, la gracia y la ener-
gia, son en estubiología plantas
silvestres. En fin, la mar de per-
feccioniss. No creas que esto es des-
prestadora* ni lisonja galante; es

* Estilo bogotano

que, realmente, lo sienten así.

Y no les falta su razón: ¡la
colonia antioqueña es allí tan
gravada y tan selecta en to-
do! Digo la gente de repre-
sentación; que lo que es me-
xico macizo también rum-
pa. Stén más — y esto es
lo curioso: les encanta nues-
tro acento, la naturalidad
y la franqueza con que nos
expresamos. Nuestro lenguaje,
tan gráfico, tan lleno de
imágenes y de colorido, nues-
tra léxica tan rica, les ha-
ma mucho la atención a
las gentes inteligentes. En es-
to, verdaderamente, les lleva-
mos muchísima ventaja. Alla-
í fuer, de correctos, se han
fundido casi todos en un mis-
mo molde, se han reducido

á un círculo muy reducido de voces y de frases formularias, que empobrecen el lenguaje, quitándole la gran variedad de giros y de expresiones tan propios del español, y haciéndole perder la originalidad y hasta el carácter á las personas — al menos en sociedad.

Alejandro Vega, gran admirador de los antioqueños, me decía que hace mucho tiempo viene estudiando el carácter de nuestra raza, en todos los maticeros que conoce, y que había observado, que sin perder el parecido general, cada antioqueño que veía era más diferente á los otros, más original

y más raro. Le preparemos la in-
teligencia en pasta, la saza ma-
mada á dominar. No creas que
es el aplauso del suchino: Ve-
ga es mozo de muchos talentos.

A otros muchos bogotanos vai-
gales les sí emitir opiniones a-
nálogas. Ya ves, pues.

"Y en eso me vine yo, y me
dieron caldo en un colador, y
me lo tomé con un tenedor."

Bueno: tí me enrostrás,
á más de lo de Tépex, en una
carta de Pachó, (que sabías la lee-
ría precisamente) mi mala con-
ducta contigo y mi sí á Ade-
la. Mirá cómo estaba miscente.

En esa carta que no recibiste te
digo, de un modo muy bonito,
por su-puesto, que me parece
muy bueno que se hayan vola-
do pra su cielo los dos ánge-
les, sin haber probado las por-

querías de este mundo.

Y hoy - man que te dé a tí
la vía y mi sica Adela se le
pelotén los ojos - me sostengo
en lo dicho. Buena es que va-
yan teniendo angelitos en el
cielo, yá que Santa Ana se
los viene trayendo cada rato.

Me figuro a Personin muy que-
rido y gente y viviente de Ferisó
a Andes y de Andes a Ferisó, en
su caballito el polo. Me figuro
a llorilora divina, con su
mestimiento y con todos los de-
sesperos y desasosigos de mi sica
Adela.

Aquí en la parroquia ha ha-
bido mucho dengue físico y mo-
ral; algo de veneno y jaiterá en
la gente; y los adelantos y pro-
gressos de siempre. Las grandes
damas siempre en los chismos
pocos de todos los días y velando

en la fiesta del El Forcer Puro,
Está no estuvo muy rumbosa,
como otras veces; pero sí dir
que estuvieron todos muy con-
tentos, y no hubo ni quita-
das de argollas y abalanza-
dora de dientes. Volvió a sa-
lir periódico, no como El
Gavilán de los tiempos épico-
de Prono, sino mucho más fu-
rroso y formidable. Se llama
La Tibora, y pisó a los de
siempre, pobres señores K y B.,
más a Vicencio, a Betancourt,
que no le dejó cuero en que sen-
tarse, y a Santócos Aristizabal.
La parroquia ha hecho mu-
chos aspavientos por aquella co-
sa tan malísima; pero la gen-
te ha estado muy encantada
con el tema y de muy buen hu-
mor por el mal de los pasquie-

rios y de los empaquetados. Se
 ha prestado mucho el tema
 para hacer mucha reflexión
 moral y religiosa y exhibir
 muy bonitos sentimientos
 Luis Vélez, que, en tiempos
 mejores, redactó La Cule-
bra, en compañía y amor de
 Rodolfo Mejía y del tonto
~~Campesino~~, es uno de los más
 escandalizados y violentos.

Siempre tan creyente y tan
 paladín de la fe, está aho-
 ra hecho una serpiente de sie-
 te cabezas con el pobre Mu-
 nosito, por lo herético que
 dice que está el artículo de
Compradazgo y padrinazgo
 que publicó en La Miscelánea.
 Hortencia y el Sapo se ca-

saron y se fueron pa' Nur.
Muy á contentamiento de todos
que fue' el casorio, y no hu-
bo en esta vez gata que daña-
se el ajustet. Toda la gente
echo' mucho rumbo' en los re-
galos; y, aunque de luto, sien-
pre hubo algo de fiesta; pues
ya sabés tí que aquí se-
mos muy resacasos.

A Bernal se le murió un her-
mano, por allá en Anori, y
él y Lola también están muy
conformes á^{la} voluntá' de mi dios.

Hermínia, apenas se puso en es-
tado se fue' pa' la finca de Sr.
Nicolás. Aquello dir que ha si-
do el cuído, el muno y las ma-
tanzas, cuando de cachinos, cuando
de tío pisquetos. En cuanto
á' idilio, no se figure! Ella, de
corrosca, de corolete y de sa-
ya alta con delantal, y á' toda

Nova, canastilla en mano, co-
griendo florecitas; orillas del Mar;
Castor, detrasito, cogiéndole mi-
ditos, buscándole coracoles y a-
divinándole los deseos a su ma-
jercita para volar a ejecutarlos.

Antonita, que está en Favor, ven-
ta y no acaba: "Maridos más
sabios habrá; pero más quere-
dones que Castor María... im-
posible!; Ahora esa Herminia.
; Valiente tesoro de mujer! ¡Cuán
veía de esa niñita, que pare-
ría una muñeca, y verla abo-
ra tan matronaza y tan fan-
faronera. Y esa termina con Ni-
colás!" y así por el estilo.

Pero como nada hay estable en
este ~~W~~ O, todo aquello ha habi-
do que suspenderlo: no se sabe
si sería por el corsete, por las
audanzas y trasegos idílicos, o por
que "peperaren" mayor favor de San-

ta tona; pero la pasativa tu-
ro luzar. Ella siempre diz que
quedo' algo güera.

Angela, la de Vicencis, sin cho-
car precisamente, no ha pro-
ducido en la pranquia ma-
yor sensacion. Nada bonita,
ni nada grandiosa que les
ha parecido a la gente, sino
una cosa ai....

Jimenito el nuevo Fiscal es
una criatura querida, muy
insulsa y virtuosita ella.

Felipe, el hijo de Protacio, se
es ahora una gran cosa y se
dueño de la situacion. ~~se~~
mantiene muy galán, con unos
leontinones muy grandotes y
con sombreros de misetas la-
yas; tiene los dedos ambilu-
dos de fumar cigarrillos, y ha
perdido por completo ese aire
de matancero tan característico.